

EDITORIAL

Roger M. Buergerl

Qué pregunta más tonta: “¿Cómo queremos ser gobernados?”. Pero las preguntas tontas tienen una ventaja. Planteadas en el momento y el lugar adecuados (por ejemplo en Barcelona en el 2004), abren un abanico de especulaciones que pueden contribuir significativamente a implantar nuevas formas de acción, nuevas formas de organización, nuevas formas de relación, formas muy necesarias para superar las insuficiencias, incluso los más absolutos fracasos, del “capitalismo parlamentario” (Alain Badiou).

Sin duda, cuando hablamos de “gobierno” nos referimos a algo más amplio de lo que suele designar el término. En el siglo XVI, según Michel Foucault, “el término gobierno no se refería sólo a las estructuras políticas o a la gestión de los estados, sino más bien a la forma de dirigir la conducta de los individuos o los grupos. [...] No aludía únicamente a las formas legítimamente constituidas de sujeción política o económica, sino también a los modos de acción, más o menos considerados y calculados, destinados a actuar sobre las posibilidades de acción de otras personas. Gobernar, en este sentido, es estructurar el posible campo de acción de los demás.” (1)

En cierto sentido, queremos recuperar esta noción premoderna de gobierno, ya que parece ofrecer una herramienta indispensable para poner al día muchos de los falsos contrarios del discurso moderno (como la micropolítica y la macropolítica o el individuo y el Estado).

Así, la noción que queremos trabajar es la siguiente: un modo de acción que no actúa directamente sobre los demás sino sobre sus campos de acción —una acción sobre una acción—. Contaminar los campos de maíz con cultivos genéticamente modificados es, pues, “gobierno”, y también lo es el bloqueo de las calles de Buenos Aires por parte del movimiento de los Piqueteros.

El arte tiene algo que decir con relación a “una acción sobre una acción”. La proyección de diapositivas de Ibon Aranberri, *Fireworks on Powerstation* (2003), por ejemplo, nos invita a recuperar el movimiento de protesta de los años setenta contra la construcción de una central nuclear cerca de Lémoniz (País Vasco). La serie de imágenes parece interpretar esa protesta no sólo como un movimiento dirigido contra algo, un problema específico, sino también como un ejercicio más bien abstracto sobre “como constituir un público”. Es precisamente este nivel de abstracción (brillantemente explicado por Aranberri con relación a la abstracción artística en tiempos de Franco) lo que debe aprenderse y recordar si que quiere que los movimientos políticos contestatarios de hoy en día no se deshinchen como un suflé tras cada nuevo estado de agitación.

Pero “una acción sobre una acción” también podría apuntar a situaciones o experimentos políticos que nunca han tenido la oportunidad de materializarse porque han finalizado con actos de violencia, como por ejemplo la Comuna de París. En su *Projet pour le sujet et le pouvoir (la voix lyrique)* (2001) Alejandra Riera desarrolla una estrategia estética para acceder a una experiencia histórica de la que nos sentimos desconectados.

Convirtiendo en una pantalla transparente la pared conmemorativa dedicada a los comuneros caídos, su obra nos ayuda a darnos cuenta de que el rico potencial de la memoria histórica está en nuestras manos y que algunas partes de ese mismo potencial quieren regresar a la vida a través del imaginario estético.

Como sugieren esos dos ejemplos, el “gobierno” es un tema universal. No es sorprendente, pues, que cuando conocí al equipo que había reunido el Macba para colaborar en mi exposición —Joan Roca, Miren Etxezarreta, Salvador Clarós, Noemi Cohen y Mercè Tatjer—, mi concepto fuera criticado por ser poco específico. “La exposición se realizará en la estratosfera”, dijo uno de ellos. Y sin duda, era cierto. Pero la aspiración estratosférica se debía entender como un legado moderno o, aún mejor, como un intento de recuperar la idea de un horizonte universal. Sin embargo, es igualmente cierto que las distintas perspectivas que constituyen este horizonte deben ser a la vez específicas y precisas. Si no, nunca alcanzaremos, ni compartiremos, una sensibilidad para la dinámica particular que persigue nuestro pobre planeta en el que, para bien o para mal, todo está conectado con algo (el hielo fundido del Kilimanjaro con la selva tropical abrasadora del Brasil o el febril impulso de la individualización con los efectos totalizadores de las sociedades modernas).

Las obras, performances y conferencias que el Macba me ha invitado a presentar en Barcelona han sido reunidas y encargadas durante un período de dos años en el marco de una serie de exposiciones llamadas *The Government*, cuyos comisarios hemos sido mi socia, Ruth Noack, y yo mismo. No guardaban ninguna relación específica con lo que podía significar “gobierno” en Barcelona, pero cuando nuestro pequeño grupo empezó a trabajar en la exposición quedó claro que muchas luchas, utopías locales, procedimientos artísticos, etc. presentan por lo menos tantas similitudes como diferencias. La transformación urbana de Poblenou, por ejemplo, su *gentrification*, el destino de la industria textil y la destrucción del patrimonio industrial son temas que se pueden encontrar en muchas ciudades. El grupo tuvo la oportunidad, en otras palabras, de trabajar en un espacio común —una exposición— en el que la relación entre lo local y lo global se establecía casi literalmente. Al final, llegar a esta constelación no fue tan difícil, aunque el proceso implicó ciertos inconvenientes por todas partes. No fue tan difícil porque las contribuciones locales de Tatjer (que trabajó con Sonia Abian y Carlos Piegari, dos artistas argentinos recién emigrados a España), de Etxezarreta (quien, como economista, tenía la necesidad de ir más allá del discurso académico) y de Joan Roca (que durante años ha trabajado con el fotógrafo francés Patrick Faigenbaum en una topografía de Barcelona) no eran localistas sino muy conscientes de la “visión global”, mientras que todas las aportaciones artísticas llevadas a cabo en el marco de *The Government* representaban un punto de vista particular, centrado, como por ejemplo en *Nada Dimic-File* de Sanja Ivecovic, en la memoria de las mujeres sobre el socialismo en la fábrica textil de Zagreb que actualmente se está transformando, efectivamente, en un centro de negocios. En resumidas cuentas, con el tiempo la falsa oposición entre local y global se acabó difuminando.

Otro punto que vale la pena aclarar aquí es el papel de museo e incluso desde una perspectiva más general, el papel que ha de desempeñar el arte en la lucha política. Déjenme empezar por la premisa de que el arte no desempeña ningún papel específico sino que somos nosotros los que necesitamos desesperadamente su disfuncionalidad constitutiva para poder superar la racionalidad política en la que vivimos. Este es el programa romántico: dado que el arte opera fuera de cualquiera de los parámetros determinados de la razón, puede contribuir a cualquier crítica de la razón, o incluso puede ser el medio. Sin duda, soy plenamente consciente de que esta posición es un mito. Pero también creo que existe una razón estratégica para actuar como si este mito fuera cierto. Por otro lado, nuestra imaginación política quedaría confinada a lo que ya somos —lo que simplemente resulta deprimente—. En pocas palabras, el arte se basa en la inconmensurabilidad entre los límites de la experiencia actual y las ilimitadas divagaciones del imaginario. Lo que nos lleva, cerrando el círculo, a nuestra primera pregunta —¿Cómo queremos ser gobernados?— y al papel del museo en el que debería tener lugar esa divagación ilimitada.

Es cierto que para esta exposición el museo será un acontecimiento disperso que se producirá en tres lugares distintos (Institut Barri Besòs; Palo Alto; Centre Cívic de La Mina) y en otros espacios en la calle. También es cierto que esta exposición se irá transformando con el tiempo, que los tres espacios interactuarán entre sí pero con distintos argumentos y temporalidades. En otras palabras, el tema de la exposición no es simplemente “una acción sobre una acción”. También es su forma —una forma ya sugerida en el esfuerzo de articulación participativa que no es un fin en sí mismo sino el medio que puede permitir que el público pase de ser un sujeto pasivo y adecuado (o fracasado y resentido) a una entidad participativa—. El significado del arte se revelará sólo en la interrelación entre obra y espectador.

Una última palabra sobre la participación: algunos elementos importantes de *¿Cómo queremos ser gobernados?* se derivan de *ExArgentina – Pasos para huir del trabajo al hacer*, una exposición concebida por dos artistas, Alice Creischer y Andreas Siekmann, presentada en la primavera de 2004 en el Museum Ludwig de Colonia. Esta exposición se realizó desde Argentina y puede interpretarse como un relato de la crisis económica y política, o mejor dicho, de la crisis económica como crisis política, que golpeó al país en 2001. Podría servir como modelo para el futuro de las clases medias europeas.

Quiero expresar mi gratitud a las siguientes personas: a mi socia Ruth Noack, responsable de la mayor parte del trabajo intelectual previo de *The Government*; a Georg Schöllhammer, mi *consigliere*, que me ayudó a pensar sobre el baile, las modernidades locales, y me introdujo en la obra de Sergio Bologna; a Manolo Borja-Villel por invitarme a Barcelona; y especialmente a Jorge Ribalta que fue responsable del abrumador proceso que adoptó la forma de *¿Cómo queremos ser gobernados?*

1) Michel Foucault, "The Subject and Power," en Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Chicago 1982, p. 221